

Dinah Jefferies
La separación

Traducido del inglés por Catalina Martínez Muñoz

Alianza Editorial

Título original: *The Separation*

Publicada por primera vez en inglés
por Penguin Books, Ltd., Londres

Reservados todos los derechos.

*El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.*

© Dinah Jefferies, 2014

*El derecho de Dinah Jefferies a ser identificada como la autora de esta obra
ha sido confirmado por ella, de acuerdo con la ley de Copyright,
Diseños y Patentes de 1988. Todos los derechos reservados*

© de la traducción: Catalina Martínez Muñoz, 2015

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2015

*Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es*

ISBN: 978-84-206-8807-7

Depósito legal: M. 6.839-2015

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Para mi madre y mi hija

Prólogo

1931: Weston-super-Mare, Inglaterra

EL ESCULTOR ALISÓ LAS ZARPAS del león después de mojar la esponja en un cubo de agua y sacó un cuchillo de la funda de cuero que llevaba en la cintura. Miró a la multitud expectante antes de inclinar la cabeza para perfilar con mimo las garras del animal.

La niña, que estaba en cuclillas a unos palmos, intentó acariciar la melena del león con la punta de los dedos.

—¡No! —La apartó el escultor, con un grito—. Todavía no.

Y ella agachó la cabeza, pero al momento miró por encima del hombro, sonrió tímidamente a la mujer que observaba la escena y siguió contemplando al animal.

Una ráfaga de viento levantó la arena, y miles de partículas se arremolinaron y bailaron por el aire. El artista reaccionó al instante, humedeciendo la superficie de la fiera para protegerla.

La mujer se estremeció. Tenía el pelo rubio cobrizo, muy corto y ondulado a la permanente, y llevaba un vestido azul claro, estampado con flores de aciano de un azul más oscuro en el dobladillo, y una rebeca de algodón fina y blanca para protegerse del fresco que se había echado encima inesperadamente.

Satisfecho con el resultado de su trabajo, el escultor saludó a la gente con una reverencia y empezó a pasar la gorra. La mujer oyó el tintineo de las monedas y buscó en su bolso.

Los cascos de un caballo repicaron en los adoquines, detrás de la explanada, pero no fue esto lo que llamó la atención de la mujer. No dejaba de mirar a la niña, que jugaba con la arena, cogiendo puñados que lanzaban destellos de oro y plata a la luz del sol tenue.

Cuando la multitud se dispersó, en lugar de sus murmullos o de los graznidos de las gaviotas y el rumor de las olas, los golpes de un martillo contra una superficie de metal lo inundaron todo. La mujer se volvió a mirar lo que antiguamente había sido el magnífico paseo marítimo, con su elegante baranda de hierro forjado deformada por el fuego. Le llegó un olor a berberechos en vinagre.

—¿Tienes hambre? —le preguntó a la niña.

La niña negó con la cabeza. Un leve rubor en sus mejillas reflejó su duda y su inseguridad.

—¿Te apetece un regaliz?

La mujer se arrodilló muy cerca de la niña. Lo suficiente para sentir el dulce olor de su pelo. Aspiró despacio y soltó luego el aire con apenas un leve temblor de los labios. Se levantó, se sacudió la arena del dobladillo de flores de su vestido y cogió de la mano a la pequeña.

—¡Vamos a echar una carrera!

Se miraron y echaron a correr por la playa, salpicando arena y conchas, tropezando y resbalando hasta que llegaron adonde esperaba una monja.

En el fondo, la monja no era insensible, y tocó a la mujer en el hombro con una mirada compasiva. Fue un roce fugaz, lo justo para garantizar una comunicación serena, con la emoción contenida y sin lágrimas. La niña volvió la cabeza, miró a las dos mujeres con sus ojos de color avellana y a continuación centró la vista más adelante, hacia la hilera de banderas rojas y azules que jalonaba la bahía.

El día había empezado para la mujer lleno de ilusión y de euforia. Ahora que estaba a punto de concluir, no podía dejar de mirar a la niña

angulosa y flaca. Le acarició el pelo castaño rojizo y grabó aquel momento en su memoria.

Para la pequeña, sin embargo, sería muy distinto. Cuando sus recuerdos se fundían en el pasado, la duda se apoderaba de ella: no sabía si aquel día el león y la mujer existían únicamente en su imaginación. Intentaba atrapar los detalles de un tiempo que ya no podía recobrar. Del que no quedaba nada más que un eco: un vestido, una sonrisa. Y la mujer seguiría dominando su tristeza.

—Vamos —dijo la monja, dando la mano a la niña—. Tenemos que coger ese tranvía para llegar a tiempo a la estación.

La mujer del vestido azul se alejó y volvió la vista al león de arena dorada, consciente de que la marea, que ya empezaba a subir, no tardaría en llevárselo.

1955: *Malasia*

NO ME VEÍAN DEBAJO DE la casa, construida sobre pilotes, y yo las espiaba. A nuestra *amah* y a mi hermana pequeña, Fleur. Oí unas chanclas en el patio, plas, plas, plas, plas, y los sollozos de Fleur mientras corría. Después, el roce de su conejito rosa, al que arrastraba de las orejas entre las piedras del camino.

A esto le siguió la voz chillona de nuestra *amah* china.

—Ven aquí ahora mismo, señorita. Estropeas conejo si llevas así.

—¡Me da igual! No quiero ir —gritó Fleur—. Quiero quedarme aquí.

—Yo también —susurré. Y olisqueé la mezcla de lagartijas muertas y arañas de patas largas. No me asustaban.

Más allá de mi guarida, más allá del jardín, estaba el prado de altas hierbas, donde nadie se atrevía a poner un pie. Pero a mí eso tampoco me daba miedo.

Lo que me daba miedo era marcharme.

Más tarde, cuando el cielo se puso del color de la lavanda, papá señaló en la misma dirección. Ahora, desde una terraza del piso de arriba, con una cerveza Tiger en la mano, miraba hacia las montañas, más allá de los prados. Hacia Inglaterra.

—Allí, en enero, siempre hace frío —dijo, hablando consigo mismo y acariciándose el mentón—. Y el viento te corta las mejillas. No es como esto. No se parece en nada.

—¿Papá?

Me fijé en su cara huesuda, en la nuez prominente y en la línea recta de su boca. Tragó saliva, y la nuez se movió arriba y abajo. Volvió a mirarnos, a Fleur y a mí, como si acabara de caer en la cuenta de que estábamos allí. Hizo amago de sonreír y nos dio un achuchón.

—Venid. No tenéis por qué estar tan tristes. Viviremos estupendamente en Inglaterra. ¿Verdad que os gusta columpiaros de los árboles?

Yo asentí con la cabeza.

—Bueno, sí, pero...

—¿Tú qué dices, Fleur? —me interrumpió él—. Hay montones de ríos en los que remar.

Fleur seguía triste. La miré a los ojos y le hice una mueca. Lo que describía mi padre se parecía mucho a la selva.

—Vamos —dijo—. Ya eres una chica mayor, Emma. Tienes casi doce años. Da ejemplo a tu hermana.

—Pero, papá —empecé a decir.

Se alejó hacia la puerta.

—Emma, está decidido. Escoge los libros que quieras llevarte. Así estarás entretenida. Solo unos cuantos. Tú ven conmigo, Fleur.

—Pero, papá...

Se detuvo al ver mis lágrimas.

—Te encantará, si es eso lo que te preocupa. Te lo prometo.

Yo estaba muy alterada, y solo de pensar en mi madre me quedaba sin aire.

Mi padre abrió la puerta.

—Pero, papá —insistí, cuando él ya salía con Fleur—. ¿No vamos a esperar a mamá?

LYDIA TIRÓ AL SUELO LA MALETA llena de polvo. Las bicicletas de sus hijas estaban abandonadas en el patio, debajo del jacarandá.

—Emma, Fleur —llamó—. Ya estoy aquí.

Salió del patio para asomarse al camino de piedra que llegaba hasta el prado de altas hierbas. El cielo se oscurecía y una polilla enorme, que salió de la orilla de la selva, se estampó contra su mejilla. Lydia se sacudió el polvillo y entró corriendo en casa al ver que estaba a punto de llover.

—¿Alec? —volvió a llamar—. Ya estoy en casa.

Evocó los rasgos bien perfilados de su marido, su intenso olor a jabón del mercado chino, su pelo castaño claro, corto en la nuca y las patillas. No hubo respuesta.

Resistió la punzada de decepción que le causó encontrar la casa tan silenciosa. Había enviado un telegrama, tal como él le había pedido. ¿Dónde estaba su familia? Hacía demasiado calor para que hubieran salido a dar un paseo. ¿Estarían en la piscina? ¿O habrían ido a merendar al club?

Subió a su dormitorio, vio la foto de Emma y Fleur en la mesilla de noche y sintió una oleada de amor. Las había echado de menos.

Se desnudó, se pasó los dedos por el pelo castaño rojizo, que le llegaba hasta los hombros, y encendió el ventilador. Cansada del viaje y

después del mes que había pasado cuidando de una amiga enferma, necesitaba un buen baño. Cuando abrió el armario, se paró en seco y frunció el ceño. Se quedó boquiabierta: la ropa de Alec no estaba. Se puso el kimono de tela fina y, descalza, fue corriendo al dormitorio de sus hijas.

Alguien había dejado el armario abierto, y también estaba casi vacío. No quedaban más que algunos pantalones cortos, mal doblados, en la balda de arriba, y una bola de papel arrugada en la de abajo. ¿Dónde estaba la ropa de sus hijas?

¿Y si...? No llegó a terminar la frase. Respiró hondo. Eso es lo que quieren los hombres de la selva. Quieren asustarnos. Se imaginó qué diría Alec: «Levanta la cabeza. No les dejes ganar». Pero ¿qué se siente cuando lanzan una granada en un mercado lleno de gente?

Dio media vuelta al oír un grito y se acercó corriendo a la ventana. Hundió los hombros. Eran solo los zorros voladores, colgados de un árbol.

Llevándose una mano al corazón, deslizó los dedos por debajo del papel con el que habían forrado el armario y sacó un cuaderno de Emma, con la esperanza de encontrar alguna pista. Se sentó en el arcón de alcanfor, aspiró su olor familiar y abrazó el cuaderno. Tomó aire, lo abrió y leyó:

La matriarca es una señora gorda, con el cuello fofo. Se llama Harriet Parrott. Tiene los ojos como uvas pasas y trata de disimular con polvos el brillo de la nariz grasienta. Arrastra los pies, muy pequeños, calzados con unas babuchas chinas, pero como lleva faldas largas, solo se le ven las puntas.

Harriet. ¿Se han ido con Harriet?

Lydia se paró en seco y tuvo que agarrarse al borde del arcón, mareada de pronto al sentir una oleada de calor y pánico. Faltaban demasiadas cosas. Una nota. Por supuesto. Alec tendría que haber dejado una nota. O un recado con los criados.

Bajó las escaleras de dos en dos, con dificultad para no perder el equilibrio, y entró corriendo en todas las habitaciones: en el salón, en la cocina, en el fregadero, en el pasillo cubierto que llevaba a las habitaciones de día del servicio y en los cobertizos. No vio nada más que un par de cajas de madera abandonadas. Todo estaba oscuro y desierto. Los criados se habían marchado. Ni la mecedora de la *amah*, ni la cama de la cocinera ni las herramientas del jardinero. Registró la estancia: ninguna nota.

Se quedó escuchando la lluvia y mordiéndose una uña. El ambiente estaba tan cargado que tuvo que hacer un esfuerzo enorme para pensar. Repasó cómo había sido su viaje de vuelta a casa: había pasado horas apretujada contra la ventanilla del tren abarrotado, tapándose la nariz con la mano. El olor ácido del vómito de un niño indio. El ruido de disparos a lo lejos.

Se dobló por la mitad, angustiada al no encontrar a su familia. Le costaba respirar. No podía ser cierto. Estaba cansada. No acertaba a pensar con claridad. Tenía que haber una explicación racional. Tenía que haberla. Si hubieran tenido que marcharse por alguna razón, Alec habría encontrado la manera de decírselo. ¿No?

Dio media vuelta y llamó a sus hijas: «Emma, Fleur». Contuvo un sollozo y se imaginó el hoyuelo que Fleur tenía en la barbilla, sus ojos azules, el pelo rubio recogido con un lazo. Entonces se acordó de las brumas de la selva donde se ocultaban hombres desesperados y sus peores temores se llevaron cualquier resto de esperanza racional. Empezó a sudar por debajo del kimono, le escocían los ojos y se tapó la boca con la palma de la mano.

Con manos temblorosas, cogió el teléfono para llamar al jefe de Alec. Él sabría qué había ocurrido. Él le diría qué hacer.

Se quedó sentada con el teléfono en las rodillas y sintió que el sudor empezaba a enfriarse. Varias moscas zumbaban cerca del techo, el ventilador daba vueltas entre chasquidos y una polilla revoloteaba alrededor. No había línea.

EN EL TAXI, CAMINO del puerto, yo no entendía por qué mamá no había llegado a tiempo de venir con nosotros, a pesar de que papá había dicho que llegaría. El último día que pasamos en nuestra casa de Malaca, hasta el último minuto tuve la esperanza de que mamá consiguiera llegar a tiempo, y a cada rato corría a la ventana para verla aparecer.

Papá era inútil para las tareas domésticas, y al no estar mamá para organizarlo todo, tuve que ayudar a la *amah*. Fleur solo tenía ocho años y lo único que hacía era estorbar.

Lo primero que hice fue guardar en el baúl el vestido de batista rosa que me había hecho mamá. Con su falda larga y las mangas de farol, era el único vestido que me gustaba. Lloré cuando se me quedó pequeño y Fleur empezó a ponérselo.

Papá vino a nuestro dormitorio.

—No necesitas vestidos de fiesta —dijo.

—¿Es que en Inglaterra no hacen fiestas?

—Lo que quiero decir es que no llesves la ropa malaya, nada más —dijo con un suspiro—. Y no tenemos mucho tiempo.

—Y ¿qué pasa con las cosas que dejemos? ¿Vuelvo a guardarlas en el armario?

—No hace falta. La *amah* se ocupará de eso.

—¿Cuánto tiempo estaremos allí?

Mi padre se aclaró la garganta, pero no dijo nada.

Le di el vestido a nuestra *amah*, Mei-Lien, y ella lo dejó encima del montón de cosas que no queríamos, cada vez más grande.

—¿Y nuestros vestidos de la Coronación?

Levanté en alto el vestido blanco de Fleur, adornado con una trenza roja y azul, que ya no le valía.

Papá negó con la cabeza y yo me escondí detrás de la espalda mi preciado ejemplar de *Dandy* dedicado a la Coronación. Con un caballo dorado y otros seis caballos blancos en la cubierta, era demasiado bonito para dejarlo allí.

—¿Dónde está Fleur?

Amah señaló el patio.

—Montando en la carretilla, supongo —dijo papá—. ¿Os arregláis bien vosotras dos solas?

Asentí.

Ya estaba a punto de retirarse cuando echó un vistazo a mi cama y se detuvo.

—¿Qué tienes ahí?

—Le he escrito a mamá —dije. Y cogí el sobre para que lo viera.

—Ah —contestó, enarcando las cejas—. ¿Qué le cuentas?

—Solo que la echo mucho de menos y que estoy deseando verla en Inglaterra.

—Muy bien. Dámelo a mí.

—Quería dejarlo en la mesita del vestíbulo.

—No hace falta —dijo, tendiendo la mano—. Yo me ocuparé.

—Quería hacerlo yo.

—Emma, he dicho que yo me ocuparé.

Tuve que aguantarme.

—Así me gusta —asintió. Y dio media vuelta.

—Papá, antes de que te vayas. —Cogí el conejito de Fleur—. ¿Qué hacemos con esto? ¿Lo guardo o Fleur querrá llevarlo en el camarote?

—¡Ay, Dios mío! No tengo tiempo para minucias. Se avecinan grandes cambios, Emma, grandes cambios.

Arrugué la frente, sin entender del todo. A mí me parecía que los cambios ya se habían producido. Hacía más de tres semanas. Fue entonces cuando empezaron, al menos que yo recuerde.

Volvíamos a casa, después de una boda. Era de noche y llovía. Mamá había bailado en la fiesta, con un vestido amarillo claro y zapatos de tacón, de piel de cocodrilo. Mamá es más joven que papá, y es guapísima: tiene una piel preciosa, muy blanca, y los ojos de color avellana. Papá no bailó, porque tiene una herida de guerra. Aunque por lo visto eso no le impide jugar al tenis. Cuando subimos al coche, mamá se frotó la frente con la punta de los dedos y me di cuenta de que papá estaba enfadado.

—¡No corras, Alec! —gritó mi madre—. Ya sé que estás enfadado, pero estás yendo demasiado deprisa. El suelo está mojado. Por favor, fíjate en el agua.

Me asomé por la ventanilla. Estábamos al pie de las montañas y la carretera estaba encharcada.

Desde mi asiento vi que a mi padre se le hinchaban las venas del cuello y a mi madre se le caía uno de sus pendientes con forma de lagartija cuando se acercó para sujetar el volante. Quise avisarla, pero el coche salió disparado hacia el otro lado de la carretera. Sin levantar el pie del acelerador, papá intentó volver al carril derecho, pero entró en una curva demasiado deprisa y tuvo que pisar el freno.

El coche se fue a la cuneta, con un buen trompazo, y se quedó medio atascado en una zanja de tormenta, al lado de unas cañas de bambú.

—¡Joder, Alec! —exclamó mi madre, con la voz quebrada—. Estás mal de la cabeza. ¡Mira lo que has hecho!

Supe que teníamos problemas, porque mi madre solo decía palabrotas cuando creía que no la oíamos, aunque yo la oía a veces, cuando ella y mi padre habían bebido más de la cuenta. Yo las repetía después, las decía primero en voz baja y luego me atrevía a subir el tono un poco más e intentaba hacer rimas.

—No nos dejes aquí —suplicó mi madre—. ¿Y si han cortado la carretera? —Parecía asustada, pero mi padre no cambió de opinión.

—Toma. Utilízala si es necesario —dijo, y tiró una pistola en el asiento del conductor—. Emma, cuida de Fleur.

En cuanto se fue en busca de ayuda, la selva empezó a rodearnos, con sus hojas del tamaño de sartenes y llena de ojos que parpadeaban en las ramas. Mamá dejó de sollozar y volvió la cabeza, como si de repente se acordara de que estábamos allí, con las piernas pegadas a los asientos de cuero.

—Emma, Fleur. ¿Estáis bien?

—Sí, mami —dijimos. Fleur con la voz más llorosa que yo.

—No os preocupéis, cariños. Papá ha ido a buscar ayuda. —Nos miró deprisa. Intentaba aparentar que no pasaba nada, pero yo sospechaba que no era verdad. Sabía que había terroristas en la selva. Ataban a la gente a un árbol y le cortaban la cabeza sin contemplaciones. Luego clavaban la cabeza en una estaca. Cerré los ojos con todas mis fuerzas, aterrada al imaginarme una cabeza que me sonreía.

Mamá empezó a tararear una canción.

No tardó en oscurecer del todo. Salieron las estrellas, y entonces la situación mejoró un poco. Aunque en cuestión de terror, mamá no sabía que yo había visto cosas mucho peores en el museo de cera. Justo después de las cabezas reducidas había una sección prohibida para los niños. No estuve mucho rato. Solo el tiempo suficiente para ver unas figuritas de cera muy pequeñas, de mujeres y niños blancos, clavados al suelo, vivos, con los labios rojos y la boca muy abierta, gritando. Una apisonadora que conducía un japonés, como las que se utilizan para asfaltar las carreteras, se acercaba a ellos. Iba a aplastarlos. Cuando salí de allí tuve que vomitar en una papelera.

Los japoneses eran malos. Eso decían mis padres. Pero los que se escondían en la selva, a los que llamaban terroristas, eran chinos. Yo no lo entendía. Nuestra *amab*, Mei-Lien, era china y yo la quería mucho. ¿Por qué antes los malos eran los japoneses y ahora eran los chinos, pero solo algunos? No tenía sentido.

Estábamos bastante lejos de la carretera principal, muy cerca de la zona donde estaban los guerrilleros. Y aún más dentro de la selva vivían los espíritus que se comían a los niños. Nos lo había contado nuestro jardinero, que siempre tenía la boca manchada de rojo, de masticar nuez de betel.

—Si alguna vez os perdéis en la selva, tened mucho cuidado con los *hantu hantuan* —nos advirtió. Entrecerró los ojos, de una forma que daba mucho miedo, pero no nos dijo qué aspecto tenían.

—Emma, ¿puedes mover los brazos y las piernas? —preguntó mamá. Los moví para demostrar que podía.

—¿Fleur?

Fleur hizo el intento, y movió los brazos y la pierna izquierda, pero al mover la derecha se le escapó un grito.

—Quítale el zapato, antes de que se le hinche el pie, Emma.

Lo intenté, pero Fleur no me dejaba.

—No quiero. ¿Dónde está papá?

Le dije que tenía que estarse quieta, y que papá había ido a pedir ayuda. Lloriqueó un poco y por fin se calló.

Aunque ya era de noche, una explosión rompió el silencio a lo lejos.

—¡Mami! —gritamos mi hermana y yo.

—Chss. Aquí no hay nadie.

El cielo empezó a ponerse marrón y una neblina blanca bajó de la montaña. Al menos no estábamos exactamente en las montañas. Porque *Ada bukit, ada paya*: «Donde hay montañas hay pantanos». Y los pantanos se tragaban a la gente enterita.

Al cabo de un rato papá volvió con un camión del ejército que regresaba a Malaca. Tuvimos que bajar del coche mientras los soldados lo sacaban de la zanja, y cuando por fin llegamos a casa y nos acostamos era más tarde que nunca.

Al día siguiente mamá no fue a buscarnos al colegio. Fue papá. Con cara de «No estoy de humor para preguntas», no nos hizo caso cuando le preguntamos por mamá. Solo dijo que nos íbamos a Inglaterra.

En casa, mi hermana y yo subimos corriendo a ver a mamá. No estaba. Me llegó el olor del limonero en la ventana de nuestro dormitorio y me acordé de la sonrisa de mi madre y de su pelo ondulado. Se lo recogía en un moño y se ponía una flor, un ave del paraíso de color naranja, pero a la hora de comer ya se le había deshecho. Y siempre estaba cantando, desde que se levantaba.

—Vamos, Em —dijo Fleur—. No está aquí. Vamos a jugar al patio. Negué con la cabeza.

Fleur se fue a jugar con la carretilla. Tenía el tobillo perfectamente. Siempre armaba un escándalo por cualquier cosa.

Me cepillé el pelo. Lo tengo más rizado que mamá, y más rojizo. Mi madre dice que tengo un pelo rebelde. Después busqué mi cuaderno, debajo de la almohada, y allí encontré un sobre, dirigido a Fleur y a mí. Qué sitio tan raro para dejar una carta, pensé, mientras lo abría.

Cariños, leí.

Hoy ha llamado Suzanne. Lo siento mucho, pero tengo que ir a ayudarla. Le han diagnosticado una enfermedad muy mala, y no puede estar sola. Su marido, Eric, vuelve de Borneo dentro de un par de semanas, así que no tendré que quedarme mucho más tiempo con ella. Cuidaos mucho. Sed buenas. Papá y Mei-Lien se ocuparán de las cosas del colegio. Podéis ir en autobús. Ya sé que siempre habéis querido ir. Si necesitáis ayuda para algo, decidle a amah que llame a Cicely o a Harriet Parrott. Su dirección está en el listín rojo.

*Os quiero mucho,
Mami.*

Guardé la carta debajo de la almohada y salí a esconderme debajo de la casa.

Era nuestro último día. Hacía más de tres semanas que mamá se había marchado. Muy poco antes de salir camino del puerto, *amah* seguía

doblando ropa y guardándola en el baúl. Pantalones, ropa interior y un par de jerséis. A mí todo me daba igual. Mi vestido de batista rosa estaba en el montón de cosas que no íbamos a llevarnos, y yo, sentada en la cama, pensando en mi colegio, el Holy Infant. Mi colegio, pintado de blanco, estaba al lado de una hilera de palmeras, y tenía aulas añadidas, sin cristales en las ventanas, solo con persianas de bambú que cerraban cuando volvíamos a casa.

Estaba triste. Ya no iríamos a aquel colegio, pero lo que más pena me daba es que parecía que íbamos a marcharnos antes de que mamá hubiera vuelto, porque entonces ella se encontraría la casa vacía. Por eso me alegraba que, al menos, encontrase mi carta.

Mei-Lien cogió mi uniforme del colegio.

—¿Quieres guardarlo?

Lo miré y negué con la cabeza.

—¿Para qué?

—Tu papá dice que terminemos ya. Nada de fantasías. Hay que irse.

Cogí el pichi, lo doblé con cuidado y lo dejé encima del montón. Guardé en el baúl la nota de mi madre y una foto suya, en un barco, con los ojos entrecerrados. Lo último que hice fue guardar el conejo rosa de Fleur. Si lo llevaba en el camarote, podía perderlo, incluso podía acabar cayéndose por la borda.

Media hora más tarde salíamos sin mamá. Un camión vino a llevarse los baúles, y un taxi a recogernos a papá, a Fleur y a mí. Cuando salimos de Malaca, miré el mar y bajé la ventanilla para aspirar el aroma de las orquídeas silvestres. Eran preciosas, pero yo no paraba de hacerme preguntas, y tuve que pellizcarme con todas mis fuerzas para no llorar.